

Necesidad de “Primer Anuncio” en la formación de los catequistas

Pbro. Mario A. Segura Bonilla
Miembro de la Sociedad de
Catequetas Latinoamericanos
(SCALA)

Introducción

Una de las principales preocupaciones que fácilmente se constata en nuestra vida de Iglesia es la ausencia de una cimentada formación en los agentes de pastoral, sin embargo: “La Iglesia, que ha considerado siempre la formación de los fieles como una de las tareas más esenciales de su quehacer, es también consciente de su importancia decisiva en unos momentos en que las circunstancias cambian con vertiginosa rapidez, poniendo cada día nuevos interrogantes con los cuales ha de confrontarse la fe de los creyentes...” (Juan Pablo II a los Obispos españoles, en su visita “ad limina”, 7 de julio 1998), ante esta realidad surge la necesidad de impulsar, consolidar y renovar cada día la acción catequética, con el fin de ofrecer desde la misma proyectos que puedan colmar estas ausencias, en vista de mejorar la tarea de la evangelización.

El texto de San Pablo: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (I Tim 2, 4), nos introduce en el amplio campo de la acción evangelizadora de la Iglesia. Esta dimensión intrínseca a la identidad de la Iglesia trae consigo para su plena realización, entre otros factores, la valoración del ministerio catequético. Este ministerio ha adquirido a la luz de la reflexión pastoral del Concilio Vaticano II, una nueva identidad. Nueva en cuanto a la renovada comprensión del papel de los laicos en la vida de la Iglesia (Cf. L.G. 37). Pero todavía queda por delante un camino de reflexión eclesial arduo por llevar a cabo lo que Juan Pablo II escribía sobre el lugar y la tarea de la catequesis: "absolutamente prioritaria de la misión de la Iglesia", de la que depende "la consolidación de su vida interna como comunidad de creyentes y de su actividad externa como misionera" (C.T. 15).

1. Algunas características del ser humano hoy

El ser humano actual inmerso en una sociedad denominada “posmoderna” tiene varias características, entre ellas: el cambio de los valores modernos, ya que la racionalidad moderna no le respondió a sus interrogantes, prefiere erotizarse, apasionarse, querer fuertemente (cultura de la afectividad, del capricho, de la violencia); vive un posmodernismo voluntarista que confunde el identificar verdad con sinceridad, criticidad con agresividad, religiosidad con superstición, amor con erotismo, entre otros.

La condición del hombre de hoy, se puede definir como: "pregunta de identidad, pregunta de trascendencia, pregunta de esperanza". El término "pregunta" va junto con "carencia", subrayando, sin embargo, el aspecto positivo: la carencia experimentada del hombre es interpretada como pregunta y por lo tanto como esperanza. Ahora, el problema es ligar aquel contenido fundamental que es la proclamación de la resurrección de Jesús con estas preguntas, profundamente arraigadas en la vida del hombre de siempre y el hombre de hoy en particular. (Sanna Mons. Ignazio, *Seminario El Primer Anuncio*, Istituto Fratelli delle Scuole cristiane, Roma, marzo 2003, 23-37)

Al ser el escepticismo fruto de las exigencias del racionalismo, el hombre posmoderno no cree en los logros de la ciencia, la tecnología, la sabiduría mítica, la profundidad metafísica, ni en la vivencia religiosa. De aquí que no sepa con qué valores vivir, la actitud ética se rige por la norma de “vivir el momento” y “no comprometerse”.

Ha dado muerte a Dios, pero presiente una nostalgia, un despertar, un regreso, ya que Dios no ha muerto del todo en la conciencia posmoderna, el hombre posmoderno lo busca, confusamente lo anhela, refugiándose en una religiosidad mítica, fatalista, subjetivista, intimista, de exclusiva carga sentimental. De aquí la difusión de rigorismos fundamentalistas, exaltación de carismatismos, proselitismo sectario y proliferación de orientalismo. (*Evangelizar la Posmodernidad desde América Latina*, P. Jaime Velez Correa, Col. Autores N. 27, Santa Fe de Bogota, 2000. p. 35-36)

2. Influencia sobre los catequistas

Lo anterior nos da pie para poder comprender porqué la mayoría de las personas que desean ser catequistas, proceden de un ambiente que no brinda un auténtico y personal conocimiento de Cristo, al proceder de comunidades en donde la gente se hace más anónima cada día, deambulando en los espacios también anónimos que

ofrece la sociedad, "Malls", mercados, negocios, estadios, discotecas, etc., tanto en las pequeñas como en las grandes ciudades, por lo que el individuo se empieza a desconocer y desfamiliarizar, buscando la manera de saciar sus "necesidades" la mayor parte de las veces creadas solo con el fin de que le satisfagan sus ansias de egoísmo y placer.

El catequista como característica fundamental debe ser un auténtico cristiano, o sea, poseer fe en Jesucristo, quien es una persona, no una doctrina, teoría o abstracción, por lo que su vida cristiana es ante todo seguir a una persona, a quien debe de conocer bien, pues no se confía ni se cree en quien no se conoce.

Si partimos de la vocación del catequista como un servicio para la Iglesia y como un ministerio dentro de la acción profética inherente a todo bautizado, estamos comprendiendo al catequista como esa persona creyente, enviada de la comunidad para ser animador y educador de la fe de sus hermanos en un proceso permanente de discipulado del que él también forma parte.

Por esto nos interesa valorar la importancia del primer anuncio en la vida del catequista, no como un dato académico añadido a su proceso de fe, sino como el centro del que nace su condición de discípulo y testigo, especialmente en el alba del nuevo milenio.

Para ello nos detenemos primero en lo genérico, luces y sombras, para descender posteriormente a lo particular, los retos.

3. Aspectos positivos en la formación de los catequistas

- La valoración de la vocación laical, especialmente dentro de la pastoral de conjunto, ha llevado a un aumento del número de catequistas, tanto de hombres como de mujeres.
¿Qué sería de nuestra Iglesia sin la presencia activa de los laicos (más aún de las mujeres)? ¿Dónde estaría la catequesis sin catequistas laicos? (P. Jan Raphale Dierchx)
- La identidad del catequista se ha perfilado más claramente dentro de la reflexión teológica y pastoral.
- La conciencia de un proceso formativo que capacite a los catequistas de forma integral crece frente a los "signos de los tiempos".
- Se constata una mayor necesidad, por parte de los catequistas, sobre la experiencia personal de oración, escucha orante de la Sagrada Escritura - Lectio Divina-, vida sacramental y testimonio dentro del ámbito familiar y parroquial, fruto de la fe que actúa en su camino personal de conversión.

4. Necesidades y carencias en la formación de catequistas

- La dimensión humana, aspecto antropológico de la vocación del catequista, requiere mayor atención. La persona humana sujeta a los cambios permanentes y acelerados que señalan al inicio de la presente exposición, manifiestan la necesidad de acompañamiento cercano con el fin de intensificar una mayor madurez en su propia identidad.
- Frente al contexto socio-cultural actual se requiere en la persona del catequista una experiencia fuerte de profundización en la fe, frente a la superficialidad que le rodea, fruto del hedonismo y de la falta de compromiso por asumir responsablemente valores y actitudes, que a su vez le hagan pasar del individualismo a una valoración mayor de la conciencia comunitaria.
- El imperativo que existe en la mentalidad de tantas personas de "vivir el momento" aunado a la inmediatez que se vive en la sociedad, desestima en muchos casos los procesos e itinerarios de formación, causando ausencia de la misma en su servicio.
- No basta con la buena intención para desarrollar la vocación al ministerio catequético. Se requiere un proceso de crecimiento en la fe que haga pasar al catequista de una religiosidad activa a un encuentro personal de conversión con Jesucristo, a un verdadero seguimiento de su persona para poseer una auténtica espiritualidad.
- La crisis actual vivida por la familia no ha sido ajena a la catequesis, ya sea por la desintegración de los hogares, puede comprobarse en los casos de las familias de los mismos catequistas, las situaciones traumáticas sufridas por los hijos, tal vez algunos de ellos hoy catequistas, como por los bautizados a los cuales se les anuncia la fe en Jesucristo, que vienen de este tipo de experiencias donde la figura del padre o la madre ha estado ausente, con lo que esto trae de consecuencias a nivel humano y religioso.

5. Un encuentro vivo con Jesucristo vivo

El documento RICA al referirse a la amplia acción formativa de la catequesis, nos dice que esta ha de tener una orientación "ordenada más bien a la formación espiritual que a la instrucción doctrinal" (RICA 25), remarcando que la catequesis debe provocar en el catequizando una "purificación e iluminación" que orienten a la persona a la Mistagogía.

Con esto hemos llegado a nuestro punto de estudio. Los conceptos "catequesis" y "mistagogía" entrelazan dos términos profundamente vinculados: fe y vida en el Espíritu, que suponen ambos un conocimiento de Jesucristo fundado a su vez, en el concepto bíblico de "conocer". Conocer está vinculado a entrar en comunión con otra persona, que implica conocer al otro desde dentro, más que a la acumulación de conceptos de índole académica que ilustran la razón pero no alteran o cambian la vida. Al respecto nos dice San Buenaventura: "De este conocimiento de Jesucristo, como de su principio original dimana la firmeza y la inteligencia de toda la Sagrada Escritura" (*Prólogo al Breviloquio*, 2, en Obras, I, BAC, Madrid 1945, 167).

a. Un Primer anuncio

Numerosos estudios se han realizado con el fin de dar a conocer a Jesucristo, algunos estudiosos han tratado de proponer los contenidos esenciales del mensaje cristiano de acuerdo con cierta organicidad, como ejemplo Pierre A Liégé « en el artículo "Kerygma" (1967) propone un esquema del Kerigma en tres puntos:

- a. Primera gran realidad que hay que testimoniar en el anuncio cristiano es el acontecimiento Jesucristo: "su manifestación histórica, los actos y las palabras, la Pascua y, sobre todo, la gloriosa resurrección..." Jesucristo es el Evangelio de Dios.
- b. La interpretación de los hechos que han acontecido, y de los que dan testimonio los apóstoles, pone de manifiesto "el significado escatológico o definitivo del acontecimiento Jesucristo..."
- c. La exhortación a la conversión evangélica: aceptar la salvación; entrar en alianza; asociarse a la comunidad del tiempo final...» (Gevaert J, *El primer anuncio*, Sal Terrae Santander, 2004, 135)

El catequista está invitado en primer lugar a llevar a cabo un encuentro personal con Jesucristo, a vivir el "Kerygma", para poder "conocerlo" según la experiencia de los primeros discípulos en el Evangelio de San Juan: "Maestro ¿dónde vives? Les respondió: Venid y lo veréis. Fueron y vieron dónde vivía, y permanecieron aquel día con él" (Jn. 1, 38 - 39). Este "conocimiento" directo y personal lo podemos sintetizar en un proceso permanente de tres momentos: encuentro, conversión e interiorización.

b. Adhesión y encuentro personal

Todo encuentro con Jesús, como los que nos presenta el Evangelio al referirse a la samaritana, Zaqueo, el ciego Bartimeo, la mujer siro-fenicia y otros tantos, despierta en la persona la conciencia de su indigencia frente al Absoluto y el Eterno. Este encuentro siempre es un incentivo para la fe, que a su vez es "ante todo una adhesión personal del hombre a Dios" (Catecismo de la Iglesia Católica. 150). Este encuentro vivido desde la fe, aunque la lectura de "adhesión" a la fe sea posterior, se orienta a identificarse con Jesús. Esta acción ilumina la existencia y la va transformando, según el parecer del autor medieval Tomás de Kempis en su libro: " El que quiera entender las palabras de Cristo con plenitud y gusto, conviene que intente conformar toda su vida con él " (*La imitación de Cristo*, Libro I, cap. I, n. 2).

Así, identificarse y conformarse, vienen a ser como pautas que surgen del encuentro con Jesús. Para que ambas florezcan en el corazón del creyente se requiere la conversión, que es: " una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado...Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia" (Catecismo de la Iglesia Católica. 1431). La conversión no es fruto de nuestro solo esfuerzo, es ante todo una gracia que nos hace buscar a Dios y centrar en Él nuestra existencia, pero nos llevará toda nuestra vida.

El modelo evangélico que nos presenta la parábola del "Hijo pródigo" nos lleva a descubrir la presencia cercana y llena de ternura del "Padre misericordioso", centro de la buena noticia que ha anunciado Jesús. Es él quien no cesa de buscarnos y mucho menos de acogernos cuantas veces nos marchamos de su lado. La clave de la conversión no es temor a Dios, es haber descubierto la experiencia de su Misericordia. Ella es la que hace posible en el corazón humano la certeza de la obra divina que transforma nuestro actuar y lo va configurando paulatinamente con el de Jesús, así "nos revestiremos del hombre celestial" (I Co. 15, 49) y "sabemos que cuando Él se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es " (I Jn. 3, 2).

c. Conocimiento e identificación con Cristo

Este proceso, decíamos al inicio de este apartado, posee una dimensión de interiorización, que es asumir la "mente de Cristo" o "tener los sentimientos de Cristo Jesús" en frases de San Pablo. Entrar en esta dinámica es el fruto de la conversión cotidiana de todo creyente. El autor de la "Carta de Diogneto" nos dice al respecto: " No hay vida sin ciencia, ni ciencia segura sin vida verdadera (...). El que piensa saber algo sin la ciencia verdadera y atestiguada por la

vida nada sabe (...). El que con temor ha alcanzado la ciencia y busca además la vida, ése planta en esperanza y aguarda el fruto. Sea para ti la ciencia corazón; la vida, empero, el Verbo verdadero comprendido" (Capítulo XI, 4-7)¹. Comprender es entender, entender conocer, y conocer es para el creyente asumir e identificarse. He aquí el proceso interior de la gracia que nos ofrece la novedad de Jesucristo y su Reino, así "cuando hablamos de sabiduría, es Él; cuando hablamos de paz, es Él; cuando hablamos de verdad y vida y redención, es Él" (San Ambrosio, *Explanaciones psalmorum*, Ps. 3665- 66; CSEL 64, 123- 1 - 25). El logro mayor de la interiorización de Jesucristo es que el hombre o la mujer sea tal, o sea, se realice desde la fe como persona, porque sólo "Cristo revela plenamente el hombre al hombre mismo" (Juan Pablo II. R.H. 10, cf. G.S. 22).

El proceso que hemos expuesto se desarrolla con la rica aportación de la Sagrada Escritura, la celebración de la fe mediante los sacramentos, los espacios de oración y el compromiso cristiano por los valores de la verdad, la caridad y la justicia. Solamente así el creyente, y en nuestro caso el catequista, alcanzará la comprensión de la esencia del cristianismo: " El cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear: Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos; es decir por su personalidad histórica " (Romano Guardini, *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, Madrid 1984 (4a), 19).

El Kerigma en la vida y misión del catequista

La experiencia kerigmática es el punto de partida del proceso personal de crecimiento de todo cristiano. Para el catequista llamado a ser en la comunidad cristiana testigo cualificado de Jesucristo, dejando que su propia existencia sea una prolongación del Misterio Pascual de Jesús, muerto y resucitado. El comprometerse por vivir a fondo la novedad de la fe como la razón de su vida, es un aspecto fundamental sin el cual su identidad quedaría empobrecida, convirtiéndolo en un mero repetidor de datos aprendidos.

La identidad del catequista está ligada profundamente a la mistagogía, como anotábamos al iniciar el apartado de los retos, y precisamente porque él introduce a otros en el misterio que antes ha hecho suyo es por lo que se convierte en un maestro, maestro y a la vez discípulo del único Maestro. Para ello podemos utilizar el término griego "paideia" en su formulación clásica, entendido como proceso de educación o aprendizaje. Éste término distingue o caracteriza dos figuras: el maestro (didaskalos) y el pedagogo o preceptor. El maestro se ocupaba de la instrucción del niño en la escuela; y el pedagogo, de su progreso en las virtudes viriles y cívicas. Ambos orientaban su educación a una formación integral del niño. Ambas figuras resumen muy bien nuestro intento por describir el talante mistagógico del catequista, llamado a formar a Cristo por la fe en los corazones. Porque " la Iglesia no tiene preparado un proyecto de escuela universitaria, ni de sociedad, pero tiene un proyecto de hombre nuevo renacido por la gracia " (Juan Pablo II. Homilía a los universitarios, 5. IV. 1979).

Nos recuerda el catequista Pbro. Gevaert que las dos finalidades del Primer Anuncio son: la conversión a Dios y la fe en Jesús Cristo, son éstas las dimensiones esenciales del mismo. El Evangelio de Jesucristo no es anunciado para dar informaciones o para aumentar los conocimientos teológicos, sino para obtener un cambio fundamental en la manera de realizarse en la vida. Convertirse a Dios quiere decir ante todo dar el puesto central a la relación con Dios en la misma vida, hasta "amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas" y hacer la voluntad de Dios hacia el prójimo: "amar al prójimo como a mí mismo" cfr. Mt 22, 34 - 40. (Gevaert Joseph, *Seminario El Primer Anuncio*, Istituto Fratelli delle Scuole cristiane, Roma, marzo 2003, 63).

El catequista, y con esta idea terminamos, a partir de su experiencia personal de Jesucristo debe ser consciente de la acción misteriosa de la vida de la gracia. No sólo debe proponer un modelo; debe proporcionar también las fuerzas necesarias para alcanzarlo, que nos llegan de manera privilegiada por los cauces sacramentales: a través de los misterios de Cristo que la Iglesia celebra en su liturgia. Todas estas consideraciones pueden ayudar a recordar la importancia que, en toda enseñanza cristiana, tanto la catequética como en la teológica, tiene la unión intelectual y vital con Cristo. En la Iglesia, instruir, enseñar, educar es siempre según el pensamiento de San Pablo: "formar en Cristo".

¹ Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, B:A:C:, Madrid, 1950, p. 860.